



François Jaran-Duquette

Animales agostados



FRANÇOIS JARAN-DUQUETTE

Animales agostados

Galaxia Gutenberg



Esta novela fue galardonada con el XIX Premio Málaga de Novela, concedido el 1 de diciembre de 2025 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Luis Alberto de Cuenca, Antonio Soler, Eva María Díaz Pérez, Alfredo Taján, Mercedes Monmany y Ana Cabell y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2026

© François Jaran-Duquette, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 2816-2026
ISBN: 979-13-88019-63-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi madre

Cuando la acróbata cayó de la barra
nos rompió el corazón a todos.

A. D. TURNER,
Animales peligrosos

Índice

MIÉRCOLES	15
Lecho	17
Tierra	20
Caballos	22
Descalzos	23
Hermano	25
Invierno	27
Trabajo	29
Anís	31
Campesinos	35
Cabeza	38
Patadas	42
Bofetadas	44
Descanso	50
Cuarto	52
Antonio	54
Adolescencia	60
La historia de Marguerite en ocho capítulos. . . .	63
Parricidios	71
Entrada	74
Trapecio	76
JUEVES	81
Morada	83
Manos	90

Piedras	94
Hábitos	102
Miel	105
Vergüenza	114
Madera	119
Comestibles	120
Pesetas	124
Saumur.	131
Domador	134
Dedos.	136
Aurelia	140
Igual.	148
Clara	151
Escribir.	155
Apuntes	158
Gritos.	161
Estómago.	164
Biombo	170
Dormir.	179
Halo.	182
Lóbulos	184
Muerte.	187
Matar.	190
Cansancio	194
VIERNES.	197
Violencia	199
Golpes	202
Lección.	204
Coincidencia	207
Urgente	209
Parroquianas	213
Asombro	216
Imprevisible	219

Éxtasis	221
Manjares	223
Hija	226
Función	229
Cordero	231
Ruido	233
Nuca	236
Muerte II	238
Tropas	239
Viento	245
Tarea	254
Pesetas II	259
Labio	262
Jadeos	264
Lengua	266
Piernas	269
Repliegues	271
SÁBADO	275
Muñeca	277
Señal	283
Profecías	289
Hablar	295
Arrugada	297
Recuerdos	302
Teatro	304
Silencio	308
Agua	310
Persianas	312
Algodón	314
Calicó	316
Objeto	318
Satisfacción	321
Almidonadas	325

Manos II	328
Plan	331
Mojigata	335
Progenitor	336
Grasa	340
Salvoconducto	344
Salvoconducto II	346
Salvoconducto III	347
Cerrar	349
México.	351
Animales	353
Muselina	355
Mandíbula	359
Padre	362
Vaho	364
Causalidad.	368
Devorar	370
Aqueos.	373
Atracción	376
Mediocridad	378
Maneras.	383
Cosas	390
Ferrocarril	392
Modelo	394
Húmedo.	400
Calor	403
Herramienta.	405
Puente	409
Lecho II	410
EPÍLOGO	415
AGRADECIMIENTOS	423

MIÉRCOLES

Lecho

Comienza y termina con el ruido sordo de un cadáver estrellándose contra el suelo. El choque se produce en una superficie pétreo por donde corre el recuerdo de un río primaveral, diminuto hilo de agua como cansado por el esfuerzo prolongado, que se desliza entre piedras berroqueñas y terrones herbosos amarilleados por la luz agosteña. Es el sonido que pone punto final a una caída larga y lenta. Es el sonido de la carne y también de sus cavidades aterrizando sobre una materia inconfundiblemente dura.

Visto desde el lecho del río, el cuerpo cae con una lentitud irreal. Es por su tamaño, es por la altura: es tan grande que uno cree que bajaría deprisa, pero no lo hace. La luz del alba, el frescor de la mañana con sus restos acuosos, todo contribuye a que el descenso parezca imposible. Cuando concluye, vemos por fin de qué se trata. Es un asno. Muerto. Del todo.

Apoyados en la barandilla de granito del puente romano, se vislumbran tres personajes con los ojos agarrados al cadáver: un viejo, un chico, una moza. En el silencio propio de la madrugada, el chico, al que llamaremos Juan, sin más, un personaje algo secundario en nuestro relato, Juan, por lo tanto, sin apellido ni nada, tiene una visión desagradable: este animal, que pesará media tone-

lada y que acaba de instalarse para el resto del verano a orillas del Robledillo, terminará descomponiéndose y sus restos se irán con las aguas cuando vuelvan a correr en otoño, esas aguas, piensa Juan con mucho criterio, que son las que dan de beber a la poza donde Tomás, su gran amigo, un personaje nada secundario en nuestro relato, donde Tomás y él, decimos, se bañan en primavera o al principio del verano y también en agosto, y donde además pescan todo el año unos peces diminutos pero sabrosos en fritura.

Juan contempla el asno unos segundos más y se da la vuelta hacia el viejo.

–Oye, nosotros nos bañamos en el río. Y pescamos.

–Pues estás de enhorabuena –le responde el anciano–. Tus peces serán más grandes este año.

De la garganta del viejo sale un ruido rocoso, mezcla granulosa de risa y de tos tabáquica. Este antiguo dueño de un asno vivo, convertido en cuestión de segundos en dueño de nada, echa una última ojeada sin tristeza ni piedad a la carcasa de un asno muerto que ya no pertenece a nadie sino a la historia.

–¿Qué iba a hacer con él? –Un chasquido sonoro sale de entre sus dientes–. No me lo iba a llevar a casa. ¿Es culpa mía si se ha muerto aquí en el puente? Haberse muerto en la carretera –exclama el anciano–, lo dejaba en la cuneta y todo finiquitado. Pero aquí, en medio del puente, me lo pone difícil.

Juan se pregunta por qué hizo caso al viejo cuando le pidió ayuda para empujar el animal por encima del pretil, sujetarlo por las patas y darle la vuelta. ¿Será por la hora? Ha estado andando, adormilado, demasiado tiempo, y ha obedecido como lo hacen los perros, sin preguntar. ¡Perros! Juan echa una mirada circunspecta y ve a María,

que lo espera con aire de vámonos ya, me queda poco tiempo.

Habían quedado antes del alba para poder disfrutar de unos minutos de calma juntos. Llevan más de una hora dando vueltas a través de los campos, por detrás de las casas, por encima de los peñascos, por el borde de la carretera, por debajo de los árboles. Ella tiene por delante un largo día de trabajo en casa de los Teruel, repetitivo, fastidioso, sobre todo en agosto, sobre todo cuando los tiempos son sombríos y mugrientos y cuando el señor y la señora exigen sumisión perruna. ¡Perros! Los cepillos, el jabón, el agua fría que arruga los dedos, Juan nunca piensa en todo esto. Solo piensa en su piel, en la piel de María, que tiene la tejedura del melocotón en muchas zonas y la textura lisa de la ciruela en otras pocas.

Consigue volver a la cama sin hacer crujir el suelo ni el somier, sin que nadie oiga nada. No es que le tengan prohibido salir por la mañana, pero no se alegran de que se haya encariñado de una criada. No le dicen tanto ni lo dicen tan claro, pero temen que un accidente convierta en nuera a la sirvienta de los Teruel.

El aire es fresco, debería poder conciliar el sueño. Impregnado sobre las palmas de sus manos, el olor a tragón de heno del asno tapa por completo el sutil perfume de las caderas afloradas de María. Ha sido engorroso hacer que el asno caiga al río. Hubo que desatar los cargamentos, desaparecer el animal, desenganchar toda una serie de hebillas, cinchas y pitones, desenlbardar, sacarle el ronزال de entre las mandíbulas, empujar. Los esfuerzos despertaron algunos sudores preñados de emanaciones mamíferas y hedores del campo. Ya no va a dormir.

Tierra

Esta es la carretera que cruza el pueblo. Es de tierra, claro, ¿qué se habrán creído? Miren bien su recorrido: se adapta a todos los meandros que hacen al unísono el río y las montañas. Se aprecia mejor en un mapa topográfico, pero desde aquí adivinamos algo de los relieves, de las arrugas geológicas.

Suban a la montaña una mañana. En el momento en que la luz del alba desvela el paisaje, este acuerdo entre montaña, río y carretera produce una fuerte impresión. Las piedras grises oxidadas y la inesperada fila de árboles de hoja caduca acorralan la línea sinuosa de tierra vil y volátil.

Es una arteria polvorienta que solo espera algún movimiento, vientos, pezuñas o ruedas, para explotar en una nube grisácea y amarillenta que tarda largos minutos en volver a asentarse. Sirve mucho para el transporte de mercancías y poco para la circulación de personas. Tendrá alguna letra y unos números, esos símbolos que indican la provincia o la comunidad, pero en el pueblo todo el mundo dice «la carretera». Es el único medio de comunicación con el mundo exterior. No hay tren, no hay teléfono: la única manera de salir del aislamiento, de aquella soledad aplastante, es el autobús. Pero claro, se necesita un salvoconducto para subirse a él.

Miren qué bien se ve desde aquí. Como la aldea está edificada en altura, casi siempre se divisa la carretera hacia el este y hacia el oeste. Por eso, cuando aparece una máquina motorizada, se ve venir con mucha antelación por el torbellino de arena que levanta. Los habitantes del pueblo hacen una pausa en sus actividades el tiempo que tarde en pasar el vehículo. Apoyan el antebrazo sobre el rastrillo, dejan caer el cuévano al suelo para echar la vista hacia el carro, la moto, el automóvil o el camión que pasa. Intentan adivinar lo que justifica su presencia. Lo peor es que suelen acertar.

Caballos

- 16 caravanas avanzan al paso por la carretera.
- 8 coches para artistas y trabajadores.
- 4 vagones gigantescos de madera para los animales.
- 3 carros de material necesario para el montaje de la carpa.
- 28 caballos para mover el conjunto.
- 32 seres humanos.
- 5 camellos.
- 3 fieras.
- 1 elefante.
- 1 oso.
- 1 cebra.
- 1 vagón-cocina cierra la fila.

Descalzos

Es como levantar una piedra que sirve de abrigo a una colonia de insectos. Por el simple avistamiento de una nube de polvo en el horizonte, empiezan a llenarse las calles de movimientos humanos. Primer acontecimiento en meses. Daos prisa, chiquillos, la vida son dos días. ¡A correr! ¡A correr! Bajan el dédalo de callejones hasta la carretera para presenciar la entrada de la compañía del Circo Magnífico. El circo. Por fin.

Los niños van descalzos, tienen los pies secos, negros, duros, sucios, acostumbrados. Sus padres van calzados. Dicen que acompañan a los niños, pero se mueren por asistir a algo que no sea el paso monótono y previsible de las horas.

Los carteles que anuncian la venida del Circo Magnífico decoran los muros del pueblo desde hace un mes. Tiene medios limitados, pero sabe aparentar. Todos los miembros de la *troupe* se han disfrazado para hacer su entrada –el forzudo con su maillot negro, los acróbatas con sus trajes coloridos, los payasos con su maquillaje, etcétera– y saludan a la muchedumbre repartida a ambos lados de la carretera. El director del circo, megáfono de latón en mano, intenta cubrir los aullidos de los niños y anuncia: «¡Damas y caballeros, niños y niñas! ¡Ha llegado el Circo Magnífico! ¡Tres días de emoción! ¡Em-

pieza esta misma tarde! ¡No se pierdan el espectáculo del año!».

¿Cuánto tiempo se quedará el circo en el pueblo? Tres o cuatro días. ¿Nos dará tiempo a contar toda la historia? Ya veremos. Habrá que seguir a todos estos personajes hasta rincones insospechados, escucharlos decir cosas de las que seguro se arrepienten, espiarlos cuando se besan, cuando se pegan. Pues preparémonos para amores y odios de otros tiempos, amores y odios de aromas añejos y de colores profundos, despintados, de texturas ásperas. Algunos de ellos son brutos, lo verán. Lo son por naturaleza, al margen del decorado que los ha visto nacer o del aire envenenado que respiran. Sería demasiado simple decir que los tiempos los han vuelto como son. En realidad, son ellos mismos quienes han convertido su tiempo en una época sombría y mugrienta. Están habitados por una ira genuina, maciza, una ira por ahora contenida, es cierto, pero ya lista para estallar, sobre todo si no cesa este calor que ablanda los sesos y lo agosta todo, si no dejan de beber. El alcohol, en agosto, es como una colilla en un pajar.

Un perfume a sequedad y a mamífero moribundo terminará pegándose al papel y a la tinta de este libro. Conviene lavarse las manos con jabón al terminar.

¿Ya ha muerto el asno? Podemos empezar.

Hermano

Más allá de la carretera, a la derecha, donde el campo de los Gutiérrez, posados en la rama de un árbol cual dos pájaros pesados, Tomás y Juan observan la escena desde la distancia. No han querido correr tras los carros porque están en edad de reprimir los brotes de alegría infantil.

Hablan y ríen sin parar, casi no respiran. Sus palabras se apilan unas sobre otras y se vuelve difícil saber quién dice qué. Hablan del circo, claro, del pueblo también, pero su lenguaje tiene una contextura peculiar. ¿Vas a ir? No sé. Supongo que sí. Por mi hermano. Claro, tu hermano. A mí no me darán el dinero. ¿Cuánto es? He oído que doce. Es mucho. Iremos cuando esté montada la carpa. Ya, cuando esté montada. En serio, siempre hay manera de colarse. Ya. Te mezclas con los que trabajan ahí. Ni loco. Ni loco. No te pareces en nada a un payaso. A un caballo. A una fiera. Pero luego será una mierda. Tu hermano. Buena excusa. En realidad, quieres ir tú. Qué día es. No me pegues, idiota. Ya. Va a ser un horror. Miércoles. Es miércoles. Serán malísimos. Da igual. Quiero ir. ¡Tsss! Me importa un pepinillo. Digo del mes. Es así. Será diferente de lo que hacemos siempre. Dieciséis. No sabemos nada. No, no hacemos nada. Nunca, nada. Pescamos. Bueno, sí, pescamos. Será mejor que pescar. No hay nada mejor que pescar. Pescar da sentido a la existen-

cia humana. Seguro que lo dijo algún sabio. Mira, es lo único que tenemos. Tenemos algunas cosas más. Tenemos sol, tenemos polvo, tenemos anís, tenemos zapatos, tenemos el bar de Macario, tenemos los puentes, tenemos la carretera, tenemos la montaña, las moras a finales de verano, las castañas y los níscales en otoño, tenemos agua. Se te olvidan la misa y el cura. El padre nuestro y lo demás. Y el culo de tu novia. Qué imbécil. Vámonos ya.

Los dos chicos bajan del árbol, alcornoque o algarrobo. Tomás recoge su bicicleta, que ha dejado apoyada en el tronco. Dos cañas de pescar sobresalen como largas antenas de la cesta de mimbre en la que también han medido un par de bocadillos generosos en tocino. Tomás se sube a la bicicleta con un movimiento felino y deja que Juan se instale en el sillín. El vehículo metálico de Tomás se ha convertido con el tiempo en el medio de transporte común de los dos chicos y es muy raro que se vea el rutilante objeto rodar con un solo ocupante. Juan es más alto y más fuerte que Tomás, pero suele pedalear Tomás, que es más ágil.